

El hornero y el tarajchi

*"Este había sido pues un tarajchi, ah..."
"Cuidado que lo haga lo que el tarajchi".
Dichos populares.*

A mitad del camino entre Oruro y Potosí, en una curva o en un cruce cualquiera, hay un árbol alto y solitario, o un poste, o un hito... (o pudiera ser un poco más al sur, entre Potosí y Tupiza; o más bien al norte, entre Oruro y La Paz; o un poco más hacia el noroeste, como quien se va hacia Cochabamba... porque en todo ello hay horneros y tarajchis).

Una pareja de hornero va y viene. Él, desde esta piedra plana que hay cerca del árbol alto, hasta un húmedo gredal que está allá al fondo de esa depresión que se ve oscura desde aquí. Ella, desde esta misma piedra hasta el pajonal que amarillea allí cerca, a la izquierda del camino. En sus fuertes picos anaranjados, él trae suave arcilla, a poquitos, luego agua. Ella, fina paja, a pedacitos.

Ahora, lo amasan todo. Brincan, brincan encima. Reúnen el húmedo conjunto con los piqitos y vuelven a brincar. Miran al barro y brincan, vuelven a mirar y brincan. Se les ve alternativamente el pico, la cola; el pico, la cola.

Hecha ya la masa, hay que subirla al árbol, al lugar escogido para el nido. Allí, sobre la protuberancia del tronco, para que quede firme. Vaya y venga. Vuelo allí, vuelo acá.

Son días y días de labor tesonera. Desde el amanecer hasta que el sol se pone... Hacen su barrito, lo amasan lo transportan. "Epa, creo que falta barro". Y es él el que vuela a traerlo. "Mira, ahora falta paja". Y es ella la que va. "¡Que la has traído pocal!" Y van los dos al pajonal de oro. La base es de paja: eso da tibieza. Ahora barro. Más barro. Más paja. Agua. Más barro. Más paja. Más agua... Ya, ya está formándose la armonía redonda, la curva arquitectura de esa euritmia de barro: el hornito, el nido del hornero.

Acabada la estructura, falta el tapizado interno para terminar el nido.

El hornero mete la cabecita nerviosa en uno de los compartimentos. Luego, en el otro. Y en el otro. Y parece decirle a su compañera, revolviendo, revolviendo: "Este para ti; éste para nuestros polluelos, éste para mí..."

El hornero y la hornera se van por esos campos. Llegan a una verde, alegre hondonada, una templada cabecera de valle sembrada de maizales. Ahí, al centro de uno de esos chochales, está uno de estos ridículos centinelas campestres cumpliendo, desgarbado, su pasiva tarea de espantapájaros. Llega la pareja y se acerca a salitros, poco a poco, para verificar la verdadera identidad del personaje. Convencidos, al fin, de que el tal sujeto es un hombre de paz a toda prueba, le miran y remiran la abigarrada vestimenta. "Esta especie de chalina que lleva, ¿no te parece buena?" parece decirle la hornera a su compañero, entre dos píldos. Y él a ella: "¿Y qué me dices tú del gorro...? Y pónense a desflecar las raldas ropas y luego, a estirar y romper hilachas rojas, verdes, blancas. Cuando ya tienen un buen montón, vuelven.

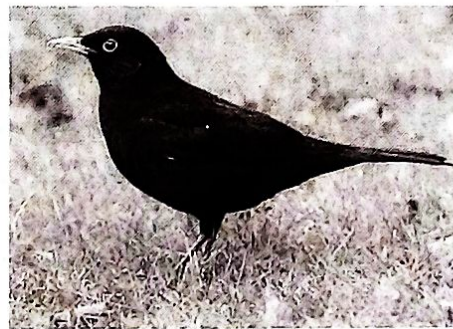
... En el entretanto, ha entrado en escena una nueva figura. Y otra más... Son dos grises tarajchis de ojos redondos y crueles, y de porte allanero. Primero, examinan los alrededores. "Por este lado, no..." "Por éste, tampoco..." "Bueno, no están". Se acercan al nido y miran. "A ver..." "¡Uju! ¡No está mal...!" Y después de la rápida inspección, se van.

La pareja de horneros vuelve con su carga de hilos y la deja en la puerta del hornito... "Sería tan lindo descansar ahora... Pero, no. Hay mucho que hacer todavía. Y emprenden, otra vez, el vuelo.

... Llegan a la *pampita* del roquedal. "Mira, allí está lo que buscamos: una oveja con su corderito, paciendо aisladas..." Y a ellos se dirigen. "No. No nos vio nadie. La pastorita está allá, detrás de aquella roca, comiendo *tarhu*... (planta silvestre de fruto comestible). Hunden los picos en el suave vellón. Y liran, liran... el animalito se desasociega y bala. Pero los horneros ya están lejos. La madre revuelve. Su breve balido sonoro quiere tal vez decir: "¿Qué ocurre, fastidioso...?" Los horneros se acercan, y pican y liran de nuevo.

... Reunidos los materiales, hay que hacer el trabajo. Y aquí los tenemos a los horneros de tapiceros. Toda la tarde dividen, sacuden, alían, cardan y clasifican hilas y hebras. Y luego, van recamando y acolchando el nido.

Alardear y nuevo amanecer los encuentran trabajando. Pero, ya falta poco. De unos zarzales en que los rebaños dejaron sus lanas al pasar, cogen las que todavía requieren.



Y, una hebra aquí, una fibra allá, al medio día el nido está terminado. Este compartimento recamado con el vellón más suave y delicado será el de los polluelos, éste, con material más basto, será el de la madre, y por fin, este otro con materiales de desecho, será el del hornero macho.

La hornera ha puesto sus huevos en el correspondiente compartimento. Uno a uno, han rodado en la suave colcha... De repente, las cabezas de los tarajchis se recorran, oscuras, en el hueco de la puerta. Con un paríoteo de graznidos destemplados, comienzan a picarles los cuerpillos. "¡Fuera...! ¡Largo de aquí...!" Los horneros se defienden, pero más puede la fuerza. Maltrechos y doloridos, son echados y despojados de su nido.

Atuera, se calman y rehacen un tanto. De rato en rato, miran su nido, allá arriba. Se miran de reojo. "¡Esto no puede ser...!" comenta uno. Los ánimos ya caldeados, pronto están exhortándose mutuamente. Ya exacerbados, disparan hacia el nido, dispuestos a pelear de nuevo. Pero, los fuertes tarajchis están preparados. Con crueles picotazos rechazan primero, y luego atacan a los horneros hasta verlos vencidos definitivamente. Todavía los persiguen, obselinados, alonándolos con recios aletazos.

Consumado el despojo, quedan los horneros temblorosos y lastimados, llorando su derrota. Una amargura honda los tiende mustios largo tiempo. Luego, tristes, convalecen, en el pajonal, al sol de la tarde.

... Súbitamente, del fondo mismo de su amargura, surge la idea del agrídulce paliativo: la idea se abre paso y forma cauce... Con la misma capacidad que tienen para la ternura, con la misma sutileza que poseen para el detalle, los horneros discurren y traman... ¡su venganza...!

Vuelan al gredal y cogen la misma arcilla compacta con que hicieron el nido, y la llevan a las cercanías del árbol donde él está. Sin hacerse ver, hacen diez, quince viajes, hasta reunir un buen montón, encima de la piedra que les sirviera para amasarla. Ahora, paja. Y agua. Y vuelven a amasar y brincar encima.

Esperan la caída de la tarde, hasta que los tarajchis se acuestan y duermen. Unos vuelos de inspección silenciosa y luego, a trasladar el barro así preparado, hasta una rama próxima al nido.

... Cerca de la media noche, está todo a punto. La oscuridad profunda es propicia a los horneros.

Se acercan sigilosos, y con gran cuidado, van tapiando, poquito a poquito, el hueco de la puerta del nido. El frío de la noche ha endurecido la arcilla, pero, ello, aunque da más trabajo, es mejor. Unos toquecitos y añadidos para reforzar las juntas, y está liso. Los tarajchis han quedado empareados. Los horneros, cansados, se acurrucan en una rama cercana para gozar su venganza hasta el final.

Un viento de amanecida seca, consolida, definitivamente la tapa de argamasa. Aparecen los primeros rayos del sol... de este sol que no verán los tarajchis.

Los horneros se espugnan y callentan al sol, pacientes. Por fin, un angustioso forcejeo y picoteo a la puerta tapiada, anuncia el despertar de los tarajchis y su lucha. Después de alborotar un rato, se agotan. Se siente su jadeo, hondo y apremiante. Ahora, comienza otra vez: picotean, rascan, y graznan. Y vuelven a agolarse...

...

Un día, un campesino sentencioso, para ilustrar la historia del hornero que ha contado a sus hijos; o un muchacho curioso... subirá al árbol y cogerá el nido que se convirtió en tumba. Lo abrirá, partiéndolo con una piedra. Y mirará pensativo, los cuerpos consumidos de los dos tarajchis, uno en cada compartimento, y, en el tercero, los huevitos del hornero, finos y azules, inútiles ya...

Oscar Soria Gamara. La Paz 1917-1988. Es autor de *Preces en el cerro*, *Contado y soñado*, *El salco*, *mis caminos*, *mi cielo*, *mi gente* y *Chuquago*.

